

ORTEGA

VIDAS, OBRAS, LEYENDAS

JOSÉ RAMÓN CARRIAZO RUIZ

ORTEGA

VIDAS, OBRAS, LEYENDAS



1.^a edición, 2023

Directores de colección: Luis Gómez Canseco
y Antonio Sánchez Jiménez

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Jose Luis Paniagua

© José Ramón Carriazo Ruiz, 2023

© De las imágenes: Archivo de José Ortega y Gasset (Fundación
Ortega-Marañón)

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.catedra.com

ISBN: 978-84-376-4694-7

Depósito legal: M. 29.659-2023

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

PRÓLOGO. EL ARQUERO Y EL PIMIENTO: ORTEGA Y GASSET Y LAS COSAS	11
I. ESTIRPE Y FORMACIÓN (1883-1913)	21
Familia, hogar y nacimiento	21
Formación: primeras letras	30
Bachillerato	35
La escuela de los viajes y la tertulia	38
Deusto	40
Licenciado en Filosofía y Letras	42
El primer artículo publicado	43
Doctorado en Filosofía y Letras	47
Primer viaje a Alemania	51
El tercer centenario del <i>Quijote</i> , la vida de Cervantes y la muerte de Navarro	62
Corresponsal en Berlín	63
Una beca para volver a Alemania	67
Primera estancia en Marburgo	71
La vuelta a España	79
Los veintiséis años	91
La boda	98
Segunda estancia en Marburgo	104
Regreso a España, toma de posesión y una fiesta para Azorín	115
II. LA IDA (1914-1931)	121
La LEP y el primer libro de filosofía	121
<i>España</i> saluda al lector y dice	133

<i>Sistema de la psicología y El Espectador</i>	138
De repente la Argentina	145
Sale <i>El Sol</i>	161
La invertebración de España	168
<i>España invertebrada</i>	178
Calpe	182
<i>Revista de Occidente</i>	187
<i>El tema de nuestro tiempo</i>	193
La ampliación del horizonte	201
Metáforas, símiles, paradojas	226
La dictadura de Primo de Rivera y el centenario de Kant ...	234
<i>La deshumanización del arte. Ideas sobre la novela</i>	240
Con la censura hemos topado, amigo lector	243
Fama internacional. Otra vez Alemania y Argentina	246
<i>La rebelión de las masas</i>	261
<i>Misión de la Universidad</i>	267
Agrupación al Servicio de la República	268
 III. LA VUELTA (1932-1955)	 279
Se inicia la «segunda navegación»	279
Los cursos universitarios de 1932 a 1936	282
La Universidad Internacional de Verano	284
<i>Meditación de la técnica</i>	286
«El hombre y la gente»	290
Viaje a Alemania y «Prólogo para alemanes»	291
<i>Misión del bibliotecario</i>	294
Viaje a Holanda	296
El verano de 1936 y el exilio	304
<i>La révolte des masses</i> y, otra vez, los Países Bajos	305
«Concerning Pacifism»	308
La ruptura con «La Nación»	310
Se inicia el exilio en Argentina	311
En las bodas de plata de la Asociación Cultural Española	312
«Meditación del pueblo joven» y «Meditación de la	
criolla»	315
«El hombre y la gente» en Buenos Aires. El regreso a <i>La</i>	
<i>Nación</i> . La razón histórica	319
El año más negro de su vida	322

Supuesto regreso a Europa bajo el signo de la cruz gamada	325
Lisboa. Azar. Los sesenta años	325
El verano del 45	328
«Idea del Teatro»	329
El gran teatro del mundo	331
<i>La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva</i>	334
El Instituto de Humanidades	335
Aspen, Colorado	338
De Manhattan a Berlín	338
Deutsche Verlags-Anstalt	340
«El hombre y la gente» en Madrid	342
Segunda apoteosis alemana	343
Intermedio antes de la jubilación	345
Tercera, y última, apoteosis alemana	346
1955	348
IV. FINAL	349
Vidas	349
Las «Obras»: biografía de un texto	353
Leyendas	360
Epílogo	365
NOTAS	369
BIBLIOGRAFÍA	553

Prólogo

EL ARQUERO Y EL PIMIENTO: ORTEGA Y GASSET Y LAS COSAS

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Université de Neuchâtel

Se diría un disparate. Por lo menos, una provocación: Ortega y Gasset relacionado con el perspectivismo de Cervantes, con el anónimo autor del *Lazarillo*, con Francisco Sánchez el escéptico y su *Quod nihil scitur*. La idea es arriesgada y, sin embargo, la avala Francisco Rico en *La novela picaresca y el punto de vista* cuando deja caer de pasada que «En *La vida de Lazarillo*, como en *El tema de nuestro tiempo*, “la perspectiva es uno de los componentes de la realidad”»¹. Ahí tenemos la conexión del *Lazarillo* con Ortega. En cuanto a Francisco Sánchez, Rico le trae a colación en el epígrafe del primer capítulo del mismo libro, que sitúa bajo la égida del célebre adepto del pirronismo y de una de sus frases más célebres. «En el conocer “entran en juego tres términos: lo que se ha de saber, el ser que conoce y el conocimiento mismo; examinémoslos uno a uno y descubriremos que nada se sabe”»². En cuanto a Cervantes, podemos dejar a Rico por el momento, porque no hace falta evocarle para añadir a la lista al autor del *Quijote*, sobre cuyo perspectivismo se pronunció Américo Castro:

En Cervantes, por ejemplo, el verbo *parecer*, en torno al cual se articula su estilo, no refiere a la distinción entre fenómenos y esencias racionales, sino a algo como esto: *dado que soy así, o estoy en tal situación, tal objeto se me aparece en tal forma*. Una existencia sería el resultado de una indefinida serie de *pareceres*. Se procede en la vida según parece que hace al caso, sin aislar nunca el *caso* de la vida³.

Como es bien sabido, estas tesis acerca del «perspectivismo cervantino» son la vulgata del cervantismo actual: las difundiría el austriaco Leo Spitzer en un artículo que se hizo clásico y hoy subyacen a casi cualquier análisis del estilo de Cervantes⁴. Sin embargo, su origen no se halla en Spitzer, sino en las *Meditaciones del Quijote* (1914), donde Ortega parte del texto cervantino para distinguir una realidad que denomina «objetividad» (las diversas interpretaciones de las cosas, la realidad ideal) y otra que llamamos «real» (la cosa en sí, la materialidad), y para explicar que suelen entrar en conflicto⁵. Ya tenemos a los tres autores arriba mentados: el del *Lazarillo*, el del *Quijote*, el del *Quod nihil scitur*. Ya tenemos a Ortega en conexión con nuestro Renacimiento y Barroco. Pero ¿qué nos dice eso sobre la nueva biografía del filósofo español que ha escrito José Ramón Carriazo?

Una de las cuestiones que emerge de su lectura es la idiosincrasia de la filosofía española en general y de la de Ortega y Gasset en particular. Nos referimos a su asistematicidad, que lleva a muchos a negar ese título («filósofo») a nuestro mayor filósofo, para otorgarle más bien el de «pensador». Frente a Kant, o frente a filósofos contemporáneos como Wittgenstein y Heidegger, Ortega sería un pensador; la tradición hispánica de Vitoria, Suárez, Andrés, Unamuno, poblada por curas y literatos, sería pensamiento, no filosofía. Arriba nos hemos referido a Castro, una de cuyas obras más influyentes es *El pensamiento de Cervantes* (1925); recordemos también a Abellán y a su fundamental *Historia crítica del pensamiento español* (1979-1991): pensamiento, pensamiento... ¿Filosofía o pensamiento? Pues bien, la biografía de Carriazo no pone en duda que Ortega fuera un filósofo, nuestro mayor filósofo, pero entra en el debate y aclara sus términos en un doble contexto: el de la historia de la filosofía europea en el cambio de siglo y el de la tradición filosófica hispánica desde el Renacimiento hasta la Posguerra.

En cuanto a la primera, recordemos que Ortega se educó en un momento en que el positivismo dominante luchaba con tradiciones idealistas como el krausismo. Y que Ortega siempre despreció el positivismo, «aguachirle intelectual» que intentó erradicar de Argentina durante su primera visita a ese país y que criticaba con pocas reservas. En su lugar, el joven Ortega proponía importar las innovaciones científicas y metodológicas de la escuela alemana, caracterizada por su idealismo: «España era el problema, Europa la solución», decía nues-

tro filósofo en 1910 en el Ateneo de Bilbao⁶. Pasemos por alto que Ortega llegó a estas conclusiones influido por la obra de un célebre positivista, Ernest Renan (*La réforme intellectuelle et morale*). Pasemos igualmente por alto que partía de una división entre caracteres nacionales (latinos frente a germanos) que le acompañaría durante toda su vida y que debe bastante a las ideas de otro positivista, Hippolyte Taine («race, temps, milieu»). Lo que nos importa subrayar ahora es que Ortega se impuso inicialmente por misión europeizar España de la mano del neokantismo alemán, con Platón y Kant bajo el brazo. Por una parte, su proyecto tuvo éxito: testigo es la *Revista de Occidente*, cuya influencia en nuestra cultura es indudable; testigo es incluso la impronta de Ortega en otros países hispanos, como Argentina, cuya revista *Sur* debe no poco al magisterio de Ortega. Por otra parte, sin embargo, y por mucho que europeizara España, la luna de miel de Ortega con el neokantismo fue breve, pues nuestro filósofo pronto dio con la corriente en que entroncaría su pensamiento: la fenomenología. Desde ella, y manteniendo siempre un racionalismo que oponía al energumenismo de Unamuno, y un europeísmo que supo conjugar con su españolismo (e incluso madrileñismo), Ortega cambiaría el rumbo de la filosofía española y se convertiría en uno de los personajes más destacados de su época. Un personaje que, por ejemplo, llenaba salas de conciertos con gente deseosa de escuchar sus conferencias. Carriazo cuenta que dos mil personas abarrotaron en 1949 el Musikhalle de Hamburgo para oírle disertar sobre Goethe, mientras los periódicos locales le aclamaban como «portavoz del espíritu europeo» (y, ¡ay!, como «torero del espíritu», «Torero des Geistes»). Carriazo cuenta igualmente que, en el primer viaje argentino de Ortega, en 1916, la gente se inscribió masivamente a las nueve conferencias que pronunció en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires («Introducción a los problemas actuales de la filosofía»), al seminario de seis horas en el que ofrecía leer la *Crítica de la razón pura*, a sus conferencias acerca de «Cómo Miguel de Cervantes solía ver el mundo» (que no llegó a impartir). Y viene el detalle que aporta Carriazo (abajo nos extenderemos al respecto): la afluencia a las conferencias sobre problemas filosóficos actuales fue tal que hubo empujones y cristales rotos, y que en la tercera conferencia al filósofo le acometió un desmayo que obligó a posponer la sesión. Aclamado en Argentina, en Uruguay, en Estados Unidos, en Holanda, en Alema-

nia. Leído con admiración en todo el mundo (su *Rebelión de las masas* fue uno de los libros más influyentes del periodo de entreguerras). Ese era Ortega.

La biografía de Carriazo detalla este contexto y éxito, así como la inserción de Ortega en una corriente filosófica española que nos hace regresar al *Lazarillo*, al *Quod nihil scitur* y al *Quijote*, en la senda de Francisco José Martín⁷. Básicamente, esta tradición materialista y práctica es hispánica porque se opone a otras tradiciones europeas, y en concreto al idealismo y trascendentalismo del norte. Lo afirma meridianamente Ortega en un artículo del *Imparcial* (24 de julio de 1911) donde habla de caracteres nacionales: las gentes del norte, afirma, tienden a la neblina metafísica; el español, a lo concreto. Lo sostiene también Maeztu en carta a Ortega de mayo de 1912: los españoles no quieren abstracciones, sino cosas, que un pimiento «sea un pimiento». Y, de nuevo Ortega, en *Meditaciones del Quijote*:

Si de una página de Cervantes nos trasladamos a una de Goethe —antes e independientemente de que comparemos el valor de los mundos creados por ambos poetas— percibimos una radical diferencia: el mundo de Goethe no se presenta de una manera inmediata ante nosotros. Cosas y personas flotan en una definitiva lejanía, son como el recuerdo o el ensueño de sí mismas⁸.

Y con Cervantes regresamos al perspectivismo y a la fenomenología no transcendental, la corriente en la que Ortega desarrolló su filosofía tras abandonar el neokantismo. Ortega estudió en Marburgo con el neokantiano Hermann Cohen, pero estaba imbuido de unos modos cervantinos que le harían resistirse a esa escuela, y que más bien le llevarían a recomendar a Cohen que leyera el *Quijote*⁹. El alemán lo hizo, quedó impresionado e incluyó en su *Ethik des reinen Willens* una frase que luego Ortega tradujo y situó como epígrafe de las *Meditaciones del Quijote*: «Ist etwa der *Don Quixote* nur eine Posse? —¿Es, por ventura, el *Don Quijote* solo una bufonada?»¹⁰. Obviamente, no—, y sí, las dos cosas, y según la perspectiva, pero lo que nos importa es el hecho de que Ortega fuera a Marburgo con Platón y Kant y se trajera lo que ya llevaba, el *Quijote*, cuya filosofía hispánica supo desarrollar gracias a la fenomenología. En lugar de Kant, *Lazarillo*, *Quod nihil scitur*, *Quijote*.

Lo que tienen en común el *Lazarillo*, *Quod nihil scitur* y el *Quijote* es que desconfían de la generalización y son particularistas, porque entienden que la realidad no es una y abstracta, sino múltiple y concreta: la enseñanza de Lázaro de Tormes es, en el fondo, la que expone humorísticamente Cervantes («Eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa», *Don Quijote*, I, 25) y muy en serio Francisco Sánchez, que de todo duda. En esta tradición —la tradición hispana—, abstraer significa sacrificar puntos de vista individuales, que son los que conforman la realidad. Por volver a la frase de Maeztu, cuando abstraemos, el pimiento pierde su individualidad, la que le otorga el modo en que el sujeto lo percibe en un lugar e instante preciso, y entonces el pimientito se transforma en una entealequia insufrible. Lo es al menos para los españoles que escuchan la metafísica de Maeztu, quienes quieren que un pimiento sea un pimiento, y no el vaporoso Pimiento que podría proliferar en el norte, pero jamás aquí. Para esos españoles, el Pimiento es tan intolerable como lo sería para un personaje de un rival de Ortega del que también nos habla Carriazo: Jorge Luis Borges. Funes (de «Funes el memorioso», en *Ficciones*, 1944), nos dice Borges, «no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos». Por eso, Funes no podía concebir categorías (Pimiento o, para el caso, Perro):

Era casi incapaz de ideas generales, platónicas. no solo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)¹¹.

Fijémonos en el «visto de perfil»: la perspectiva, la fenomenología, el camino «a las cosas». Como Funes, Lázaro de Tormes se niega a explicar el Pimiento sin ponerlo en perspectiva (la suya); Francisco Sánchez concluye que del Pimiento *nihil scitur*, esto es, nada se puede saber (*nihil posset scire*) y decide volverse «a las cosas» («res ipsas»)¹²; don Quijote, que la turba de encantadores torna el mundo en un haz de perspectivas; Ortega, que no se puede entender el sujeto sin su circunstancia y que hay que dirigirse, como les instaba a los argentinos

en 1916, «a las cosas». Aquí, Carriazo cita a Ortega refutando a Descartes en la Universidad de Granada ante el rector de la de Salamanca el 9 de octubre de 1932:

No, señor Descartes: vivir, existir el hombre, no es pensar. Vuestra merced —sea dicho con máximo respeto y haciéndole toda la medida—, vuestra merced ha padecido un error. [...] No existo porque pienso, sino al revés: pienso porque existo. El pensamiento no es la realidad única y primaria, sino al revés, el pensamiento, la inteligencia, son una de las reacciones a que la vida nos obliga, tiene sus raíces y su sentido en el hecho radical, previo y terrible de vivir. La razón pura y aislada tiene que aprender a ser razón vital.

De nuevo, frente a la abstracción, perspectiva y cosas; frente al Pimiento, nuestro pimiento (o nuestra naranja o nuestro limón); de nuevo, frente a Kant, *Quijote* (y *Lazarillo*, y *Quod nihil scitur*). La consecuencia (lo afirma, de nuevo, Rico): la filosofía hispánica, la del *Quijote*, es una sabiduría concreta y práctica («En mucho más se ha de estimar un diente que un diamante», I, 18), no abstracta. Y por eso se la tacha de pensamiento y no de filosofía.

Por seguir entroncando a Ortega con tradiciones de pensamiento español, recordemos que estas convicciones perspectivistas tienen su aplicación ética, y que concretamente entroncan con esa rama de la teología que es el casuismo. En ella destacaron los teólogos españoles contemporáneos de Sánchez y Cervantes (la *Expositio in Primam Secundae Angelici Doctoris* de Medina es de 1577; algo posteriores son los salmantinos Suárez y Vázquez), los que estudiaban cómo aplicar los preceptos de la teología moral especulativa a ocasiones concretas particulares (casos). Los casuistas son los teólogos morales que estudian casos concretos (casos de conciencia), en oposición a aquellos que se dedicaban a la teología especulativa. Por volver a la oposición entre abstracciones septentrionales y concreciones meridionales, tan cara a Ortega, a los casuistas no les interesa tanto un imperativo categórico kantiano (cómo se ha de actuar siempre) como un saber que se someta a la multitud de casos particulares que ofrece la realidad (cómo se ha de actuar cuándo). También aquí podemos aprender de Cervantes, cuando, en el capítulo 42 del *Quijote* de 1615, presenta a don Quijote dando a Sancho una larga serie de consejos sobre cómo

gobernar Barataria. Consejos políticos y morales obviamente generales, pero que el caballero complementa con uno que los matiza a todos: «Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia»¹³. Esto es, todo lo que ha dicho don Quijote, todos sus consejos generales acerca de cómo administrar rectamente la justicia, está supeditado al caso particular, que es el que determina cuándo hay que olvidar las exigencias morales y perdonar, es decir, inclinarse por la misericordia, por la compasión, que al fin y al cabo es un sentir con el otro (*cum-passio*), un sentir como el otro, esto es, un ponerse en su lugar, ver desde ahí el mundo (el pimiento, la cosa o el caso de Lázaro de Tormes) y entender. A esta actitud niegan a veces el título de filosofía para concederle un premio de consolación: el membrete de «pensamiento».

Volvamos a Ortega y a la biografía de Carriazo. Por una parte, esta sostiene el valor filosófico de Ortega. Entre otras cosas, la de Carriazo es una biografía filosófica y detalla cuidadosamente cómo y por qué evolucionó el pensamiento de nuestro filósofo, y por qué, por ejemplo, no se dejó influir tanto como algunos habrían querido por la filosofía de Husserl o Heidegger: porque estas llegaron cuando Ortega ya estaba formado como filósofo, cuando seguía ya su propia senda, que era la de la fenomenología no transcendental. Pero, sobre todo, Carriazo muestra cómo las circunstancias determinaron el tipo de actividad que desarrolló el madrileño en ámbitos diversos. Dejemos la palabra al propio Ortega, en el «Prólogo para alemanes» (1934) a la antología de sus obras titulada *Die Aufgabe unserer Zeit*, reunidas y traducidas al alemán por Helene Weyl. Ahí, Ortega explica cómo «la bohemia de mi vida» le ha impedido tanto realizar las correcciones que quería como escribir el preámbulo que prometía. Esa «bohemia», prosigue,

procede de lo más contrario a la bohemia, de un exceso de obligaciones y trabajo difícil de imaginar por los alemanes, que pertenecen a un pueblo en que el trabajo está más diferenciado... (¿Creen ustedes que trabajan más que nosotros los del Sur, por lo menos más que algunos de nosotros? ¡En qué error están ustedes! Yo tengo que ser, a la vez, profesor de la Universidad, periodista, literato, político, contertulio de café, torero, «hombre de mundo», algo así como párroco y no sé cuántas cosas más. Si esta *polypragmosyne* es cosa buena o mala, no es tan fácil de decidir)¹⁴.

De nuevo el tema del «torero», al que volveremos abajo, pues ahora nos interesa más bien subrayar cómo Ortega pone de relieve la diferencia española, que estribaría en este caso en su circunstancia. Una circunstancia que no dejaría que nadie fuera únicamente filósofo, sino que también exigiría ser docente, periodista y toda la ristra de oficios que en serio y en broma aduce Ortega. Está claro que el madrileño tenía una visión excelsa de la filosofía y que aspiraba a alcanzarla apuntando en alto, como el arquero de la Ética a Nicómaco que eligió como emblema. Pero asimismo patente es que tuvo que ejercer esta actividad en medio de otras, todas resumidas en la biografía de Carriazo. Y esas, tanto como la tradición hispana y el consabido pimiento, influyeron en él, fueron su circunstancia, en la que se vio inmerso y de la que trató de salvarse el filósofo. Al respecto, descubrimos con Carriazo que Ortega era hombre con un gran prurito literario, e incluso un gran filólogo que leía a Platón en griego y a Cicerón en latín (y Carriazo es filólogo); descubrimos con Carriazo que Ortega se interesó por la antropología, escribió libros fundamentales en esa disciplina (*Las Atlántidas*) y desarrolló una filosofía antropológica (y Carriazo, editor de *Las Atlántidas*, es también antropólogo); seguimos con Carriazo la dedicación de Ortega a sus *Obras completas* (y Carriazo las ha editado desde la Fundación José Ortega y Gasset). En suma, estamos ante una actividad filosófica e intelectual compleja que requería un biógrafo polifacético —un filólogo-hombre orquesta.

Regresemos a las circunstancias y a la fenomenología para explicar que esta biografía no solo sigue el desarrollo de la filosofía y obra de Ortega, sino también de su vida, esto es, de las circunstancias particulares y cotidianas que las determinaron. Así, por ejemplo, leemos en las páginas de Carriazo que el muy castizo Ortega llamaba a su novia «nena» (detalle que eliminaron otros biógrafos al citar la carta), que era peripatético, esto es, que gustaba de pensar andando, y que por eso las casas que tuvo en Madrid disfrutaron siempre de un largo pasillo. Que discutió con Juan Ramón Jiménez por una cuestión de erratas. Que fue amigo de Azorín y habló con el «pequeño filósofo» de su arresto y posterior acercamiento a Maura y la derecha. Que amaba Madrid (él, gran europeo y gran español), pero detestaba sus tórridos veranos. Que estuvo enamorado de una de sus primas (Josefa Neyra, de la que Carriazo nos dice que «era bellísima y elegante»). Que tenía una gran relación con su padre, José Ortega Munilla, quien

le acompañó en el viaje de 1916 a Argentina y descubrió allí, entre el público que abarrotaba las salas de conferencias, que su hijo era un gran orador. Que sus relaciones con sus admiradoras argentinas (Victoria Ocampo la primera) no estuvieron exentas de ciertas puntas y collares de celos. Que, finalmente (y va lo prometido), Ortega fue un gran aficionado... a los toros, a los que confesó haber asistido ininterrumpidamente hasta 1903. Podríamos seguir enumerando detalles fascinantes sobre la relación de Ortega con el socialismo (se declaró socialista), con el fascismo (lo denunció desde muy pronto), sobre su correspondencia con Heidegger (quien le pidió ayuda para salvar a algunos profesores judíos de los nazis), sobre su chófer y su Hispano-Suiza, sobre sus viajes por Estados Unidos, Argentina, Alemania, Bélgica, Holanda... Pero dirijamos al lector a la biografía. A los detalles. A las cosas. Y a la narración de Carriazo.

Ortega afirmaba en un artículo de 1932 (Carriazo *dixit*) que «El entender es una operación que depende mucho más de la voluntad que del entendimiento». Ciertamente, pero no hay que ver esta realidad desde un punto de vista negativo. La voluntad se seduce. Y la biografía de Carriazo lo hace.

I

ESTIRPE Y FORMACIÓN

(1883-1913)

FAMILIA, HOGAR Y NACIMIENTO

Si algo define los orígenes de José Ortega y Gasset (1883-1955) es, entre las circunstancias que lo vieron nacer, su pertenencia a una estirpe de políticos y periodistas. El madrileñismo del filósofo será una de las características que mostrará con mayor orgullo a lo largo de su vida y el tema de España fue una constante durante toda su obra. Los apellidos Ortega y Gasset constituyen dos variables que condicionan, en este relato biográfico, el conjunto de su progresión, aunque son especialmente significativas en los orígenes y la formación del personaje, y trascienden más allá de sus límites cronológicos, porque José fue nieto, hijo, sobrino, hermano, padre y abuelo de periodistas y/o políticos; por eso, se ha elegido el epígrafe de este primer apartado. La raíz de ese linaje periodístico está formada por José Ortega Zapata (1824-1903), Eduardo Gasset y Artime (1832-1884) y José Ortega Munilla (1856-1922), mientras que Ortega y Gasset fue tronco, sostén y origen de una extensa familia de editores, escritores y magnates de la prensa. Además, como recordará a menudo el filósofo del raciovitalismo, en el seno familiar se encuentra uno con su lengua, su cultura, su sociedad, su mundo y las categorías que lo conforman; el individuo deviene, así, en sujeto biografiado. A partir de ahí comienza la aventura de cada cual que es su vida; la de José Ortega y Gasset «fue una aventura constante en busca de la verdad»¹.

Corría el mes de mayo de 1883. El día 9, en el número cuatro de la calle de Alfonso XII, nació un niño al que bautizaron con el nombre de su padre y de su abuelo, José. Los íntimos le llamaron siempre Pepe, pero pasado el tiempo todo el mundo le conocería como don José Ortega y Gasset². Dos grandes leones de mármol que recordaba con ilusión el primogénito, Eduardo, montaban guardia dentro del portal añadiendo cierta prestancia al lugar³. Ortega era el segundo hijo del matrimonio formado por José Ortega Munilla y Dolores Gasset y Chinchilla. Su hermano Eduardo era un año mayor. La abuela Munilla procedía de la comarca de Cameros, donde se sitúa el pueblo de su apellido, aunque había nacido en Plasencia, pues los Munilla llevaban muchas generaciones en tierra extremeña desde el siglo XVI. Unos parientes, los Rosado Munilla, tenían una botica en Plasencia embellecida por una hermosa colección de frascos de loza de vivos colores de tiempos de Carlos V. La otra abuela, Rafaela Chinchilla y Díaz de Oñate, era oriunda, por sus respectivos apellidos, de Marbella y Algeciras. Y como el abuelo Gasset había nacido en Pontevedra, de padre procedente de regiones levantinas, se puede decir que en Ortega había una mezcla de sangres de casi todas las regiones españolas⁴.

El abuelo paterno del pequeño José, Ortega Zapata, había nacido en Valladolid el 8 de abril de 1824, en el número 7 de la calle de las Damas, y fue redactor, entre otros, de *El León Español*, *El Puente de Alcolea*, *El Eco del Progreso* y *El Norte de Castilla*. Era también buen aficionado y maestro de música, además de destacado violinista. Por real orden de 2 de enero de 1855, fue destinado a Cuba como oficial segundo de la secretaría política del Gobierno de la isla. Año y medio estuvo instalado Ortega Zapata en Cárdenas, donde nació su hijo, y padre de Ortega y Gasset, Ortega Munilla, el 26 de octubre de 1856⁵. De vuelta en Madrid, sabemos por un prólogo que puso a su novela *Estracilla* —publicada en 1917—, que recibió «las primeras enseñanzas en un colegio humildísimo de la calle de los Estudios. [...], donde un viejo dómine, don Ruperto Gallardo, fraile exclaustro, se ganaba míseramente la vida dictando letras —así decía él— a los pocos alumnos que el barrio le enviaba. [...] Don Ruperto era un gran latinista y desdeñaba el idioma de Castilla, miserable romance —decía— que no ha logrado elevarse más alto que sobre las bardas del Toboso. Y como si quisiera alejar de sí el oprobio de enseñar a leer a muchachos zafios, hijos, casi todos ellos, de vendedores del mercado, de porteros

del Instituto de San Isidro y de logreros del Rastro, se ponía en pie enérgicamente, y agarrando el puntero señalaba el gran abecedario y empezaba la salmodia que nosotros habíamos de repetir: “A, B, C, D”. Así aprendí yo a leer —concluye Ortega Munilla—, por lo que no estoy seguro de haber aprendido». Debí de iniciar esos mínimos estudios en 1860, es decir, con cuatro años de edad, porque él mismo cuenta en un artículo del año 1921, relatando su viaje al Fondak marroquí, que «en 1860 ese humilde profesor me comunicaba, como a los otros condiscípulos míos, la información de la guerra (de Marruecos) [...] y nos hablaba del Fondak como un lugar poderoso, un sitio donde los moros tienen una guarida formidable»⁶.

A Ortega Munilla se le recuerda hoy como padre de Ortega y Gasset, pero es una de las figuras claves del siglo XIX y de comienzos del XX: llegó a director del periódico más importante de su tiempo, *El Imparcial*, y su amplia contribución a la narrativa realista resulta digna de nota; puede decirse que literatura y periodismo se mezclaron a lo largo de su vida con la política y encarnó el tipo naciente del intelectual⁷. Le gustaba descubrir los pueblos y rincones de la España profunda, costumbre de «andar y ver» que heredaría su hijo José. Cuando fueron juntos padre e hijo a la Argentina, en 1916, en una conferencia que debía pronunciar el padre en Tucumán, le sustituyó por enfermedad su hijo —ya José Ortega y Gasset—, y habló así de esas excursiones:

Mi padre y yo vamos por el mundo empujados por un común afán viajero, y como en la niñez me llevaba él por la mano de paisaje en paisaje, le llevo yo ahora a él de tierra en tierra. Y de la misma suerte que hemos hecho este crucero de América, que es siempre, como el viaje de Grecia, aunque por distintas razones, un poco pretencioso, hacemos a menudo jornadas más humildes, sobre dos mulas castizas, en las revueltas serranías de la vieja España ignorada, por barrancos y cañadas, donde no habitan sino verdinegras retamas y algún chopo heroico, es decir, solitario.

Vamos buscando esos pueblos españoles milenarios, donde parece el tiempo haberse labrado un remanso imperturbable, pueblos como aplastados bajo el gravamen de su propia historia, que hacen desde lejos al caminante un ademán alucinado con la torre de su iglesia, trunca, casi siempre, como una antigua rota esperanza⁸.

A algunos de esos sitios viajaba Ortega Munilla por obligación profesional de periodista; a otros, por el placer de llegar como forastero a lugares vírgenes. «Sin duda esta inquietud viajera le vendría de su padre, aquel Ortega Zapata que anduvo, como hemos visto, destinado en lugares tan distintos y distantes»⁹. Un domingo de 1880, a la vuelta de uno de esos paseos a caballo, probablemente al final de la primavera, su montura resbaló en la calle de Alcalá —el piso estaba mojado tras una tormenta— y el joven sufrió una fuerte contusión en la cabeza que lo dejó durante tres días inconsciente. Sus colegas estuvieron muy preocupados y una nota en *Los Lunes de El Imparcial* del 21 de junio daba cuenta de que su director «se había visto obligado a abandonar Madrid por breve tiempo para atender al restablecimiento de su salud». No le quedó ninguna secuela, salvo una cicatriz vitalicia, pero desde entonces su salud fue precaria y le obligó a temporadas de descanso en El Escorial, en el balneario de Marmolejo, en Puente Viesgo —donde se veía con Menéndez Pelayo— y en Marbella, en casa de la familia Chinchilla¹⁰. Repuesto del susto, siguió publicando cuentos y novelas¹¹. Aquellos años «pintan amores y Ortega Munilla corteja a Dolores, la segunda hija de Gasset, y sin demasiado noviazgo el matrimonio se realiza en la iglesia madrileña de San José el 9 de junio de 1881. Se quedan a vivir en la misma casa de Alfonso XII 4, ellos en el piso tercero y el suegro con el resto de sus hijos, en el principal. José llevaba a Dolores cuatro años y fue ella una mujer abnegada, muy católica»¹². En ese tercer piso de la casa familiar nacieron Eduardo y José Ortega y Gasset, mientras que la hermana menor, Rafaela, vino al mundo en el nuevo domicilio del matrimonio en la calle Santa Teresa 8 y el benjamín, Manuel, lo hizo durante un veraneo en Vigo¹³. Dolores tuvo cuatro partos muy seguidos que la dejaron exhausta, con una salud muy delicada y frecuentes desfallecimientos del corazón: «Cuando fue el matrimonio a París para visitar la exposición de 1889 y la impresionante Torre Eiffel, aprovechó Ortega para que el famoso doctor Charcot, el eminente neurólogo de la Salpêtrière, la examinara. [...] Su diagnóstico fue claro: *Vous êtes une femme épuisée par les accouchements* (Es usted una mujer agotada por los partos). Como recuerda el tío Manolo, se pensó en la sierra de Córdoba para pasar temporadas y en la capital andaluza construyó el abuelo un chalet, cerca del campo de la Victoria. Era un momento de bonanza económica de aquella familia, pero con el tiempo hubo que venderlo a un bodeguero conocido»¹⁴.